

El resultado confirmó de todo punto el dicho del rastreador. El pobre animal no tardó en expirar en medio de las más horribles convulsiones causadas por el veneno, y una inmensa hoguera consumió bien pronto, en la plaza, hasta la última rama de alfalfa, que sin la intervención de Andrés habría sido tan fatal á la caballería de Terán.



IV

La Playa-Vicente



Habiendo llegado á Tehuacán, después de mil peligros, Andrés y Berrendo, se habían complacido de que continuarían en paz la lucha cortés, cuyo premio debía ser Luz. Menos de ocho días después de su llegada á Tehuacán, los encontramos á los dos cabalgando á cosa de sesenta leguas de distancia, en los límites del Estado de Oaxaca y del de Veracruz.

La estación de aguas había comenzado, y el país que atravesaban ofrecía el aspecto más triste y el más extraño. Del cerro Rabón, uno de los puntos más elevados de la Sierra-Madre, corren muchos riachuelos, que no tardan en reunirse en una masa que vuelve á divi-

dirse en doce ríos distintos; el río de Playa-Vicente ocupa uno de los primeros lugares de aquella magnífica reunión de ríos. Siendo el lecho de aquellas corrientes demasiado estrecho para contenerlas, las aguas desbordadas habían transformado el país en un lago inmenso de aguas turbias, del cual salían como navíos anclados, los campanarios de las haciendas inundadas.

En medio de estrechos pedazos de terrenos anegados, parecidos á esas calzadas abiertas en un inmenso lago, los caballos de los dos aventureros no avanzaban sino con mucho trabajo, y penetrando en el fango hasta el encuentro. Á media legua de distancia, marchaba un cuerpo de ejército, compuesto de cosa de cuatrocientos hombres, á los que nuestros dos amigos servían de guías: era la expedición mandada por el general Terán, en persona, que se dirigía á la Playa-Vicente, y en seguida á la barra del río de Coatzacoalcos, á fin de apoderarse del cargamento de armas, que el general había comprado á Robinsón. Los dos exploradores, Andrés sobre todo, descubrían en su fisonomía un abatimiento melancólico, que justificaban el aspecto de los lugares y las circunstancias desastrosas en medio de las cuales se encontraban.

— ¡Dios permita que mis previsiones no se realicen!

dijo Andrés, dirigiendo sus ojos hacia el campo inundado, y que no nos suceda lo que al caballo del español, que por haber caminado aceleradamente no pudo conducir á su jinete al término de su viaje.

— Mucho me lo temo, contestó tristemente Berrendo.

— Me hallaba en un país desconsolado, continuó el rastreador; en vano se lo he representado al general, y sin embargo, si equivocase yo el camino, si yo dejase algún enemigo á nuestro lado, sin descubrir sus tentativas, será un deshonor al cual no podré sobrevivir. Si á lo menos hubiera retardado la expedición, hasta pasado el tiempo de aguas.

— Es culpa de usted si nos ha tomado por guías á pesar nuestro, contestó Berrendo; si no hubiéramos marchado la noche en que quisimos quedarnos en el jacal del indio, por temor de encontrar al segador nocturno, no hubiera usted hecho al general el eminente servicio de salvar una parte de su caballería; no le habría usted hecho el servicio mayor aún de impedir que un cargamento de armas cayese en poder de los españoles. Entonces S. E. no hubiera conocido la sagacidad de usted, así como su valor... y sin embargo, habríamos evitado..... Pero, á propósito, continuó

Berrendo, como si le hubiera ocurrido una súbita idea, ciertamente tengo yo algún mérito; sin embargo, no he tenido la dicha de hacer á S. E. el menor servicio, ¿por qué, pues, se dignó manifestarme que si quería acompañar á usted, estaba en libertad para hacerlo, ó si quería yo podía permanecer en Tehuacán?

— Amigo, contestó gravemente el rastreador, la lealtad de usted se hubiera lastimado por un combate con armas desiguales; permanecer solo en Tehuacán, al lado de Luz, le habría dado á usted la misma ventaja sobre mí. He querido igualar las probabilidades, y gracias á mi urgente solicitud, obligaron á usted á que me acompañase en esta expedición, en calidad de segundo guía.

— Hay entre nosotros una maravillosa simpatía, contestó con no menos gravedad Berrendo. Sepa usted que si no hubiera yo elevado hasta las nubes delante del general el incomparable mérito de usted, como guía, es más que probable que á esta hora estaría usted aún en Tehuacán.

Después de haberse confiado sus ideas, los dos rivales guardaron silencio, pero sus miradas se habían cruzado, y acababan de lanzarse un salvaje desafío. Se hallaban todavía bajo la impresión de sus mutuas

confidencias, cuando llegaron á un punto en que el camino seguía en declive y se dirigía á un llano, ó por mejor decir, hacia un lago fangoso, formado por la inundación. Este lago rodeaba una población entera. El espectáculo era original, y desde la eminencia á donde habían llegado, los dos guías no perdieron ningún detalle.

— Es singular, dijo Berrendo, yo creía á la población entregada á la más profunda consternación.

— Al contrario, contestó Andrés, el tiempo de las inundaciones es, en este país, el tiempo de las fiestas, y de los placeres.

Una multitud de barcas, de canoas y de piraguas, surcaba en todas direcciones la superficie amarillenta de las aguas. Las campanas de las iglesias repicaban como de costumbre, y por la puerta entreabierta, en medio de la nave inundada, se veían entrar las piraguas y detenerse. Por una de las salidas se deslizaba sin ruido una canoa empavesada de negro, que conducía á un muerto á su última habitación; en una piragua, también empavesada, pero con gallardetes y pabellones de colores, algunas jóvenes, coronadas de flores, conducían cantando á una novia al altar. Desde lo alto de las azoteas, en donde el viento agitaba las

hamacas, los habitantes que no habían salido saludaban con alegría á los que marchaban en las embarcaciones, deslizando en las aguas del lago; otros, sentados en sus ventanas, con las piernas colgando hacia fuera, pescaban en los patios y en las habitaciones de los pisos bajos, los pescados que iban á buscar en las aguas dormidas un refugio contra las corrientes impetuosas de los ríos desbordados. Algunas veces, en medio de la ruidosa confusión de las canoas, aparecían los cuernos de un ciervo, que iba nadando, y que había sacado de su madriguera la impetuosa corriente; algunos jabalíes espantados, huían también de sus escondrijos, sacando el hocico como los cetáceos que surcan la superficie del océano. En una palabra, los hábitos de la naturaleza parecían completamente trastornados.

Los dos guías tuvieron que rodear para evitar el paso por aquel llano anegado; felizmente Andrés pudo obtener de algunos indios, que se deslizaban con auxilio de unos enormes patines de madera de aquellos terrenos fangosos, algunos vagos informes sobre el camino que debían seguir para llegar á la Playa-Vicente. Sin embargo, era muy difícil marchar con seguridad, ni aun avanzar por aquellos terrenos anegados:

los caminos, las veredas, todo se hallaba confundido. El mismo Andrés, como el perro, cuyo olfato paraliza el rocío ó la suma sequedad, no sabía qué dirección seguir. Lo mismo sucedía á la columna de caballería que iba siguiendo sus pasos con trabajo. Los que marchaban á la cabeza, encontraban bajo los pies de sus caballos un terreno bastante sólido: pero la tierra pisoteada por ellos, no ofrecía á los que venían detrás más que lugares fangosos, donde caballo y jinete caminaban penosamente, quedando algunos atascados. Según los informes que había recogido el rastreador, debía tomarse la dirección del Este; pero los pantanos impracticables impedían seguir el rumbo indicado; fué preciso retroceder en el camino, y los hombres se desalentaban. Berrendo cabalgaba en silencio al lado del rastreador, que avanzaba sombrío y resignado, escuchando el sordo é imponente murmullo de las aguas lejanas, cuya vista le ocultaba una arboleda.

— Estamos cerca de un río, dijo; esto es evidente hasta para un niño; pero ¿qué río es? necesitamos ir los dos para reconocerlo. Venga usted conmigo, tengo necesidad de su auxilio, porque dirían que Dios me ha retirado repentinamente esa sagacidad, de que tal vez me enorgullecía demasiado.

Los dos guías llegaron á pocos momentos al lecho del río anunciado; pero el rodeo que habían tenido necesidad de hacer, no les permitía decidir si aquel río era Playa-Vicente ó el Río Blanco. Berrendo pretendía que era el primero; Andrés sostenía que era el segundo. Que fuese uno ú otro, lo urgente era buscar el paso. El río corría profundamente encajonado en un lecho rodeado de rocas tan elevadas, que sus aguas parecían negras y tenebrosas, á despecho del sol: era como un canal, cuyas orillas, separadas por una distancia de cosa de cuarenta pies, formaban por cada lado gigantescas murallas cortadas á pico. Las orillas del río ostentaban una lozana vegetación y parecían desiertas. Árboles majestuosos crecían de trecho en trecho, en la tierra que cubría la roca; ocultos bajo su verde follaje, ó mecidos en los bejucos que agitaba el viento, millares de pájaros mezclaban sus cantos á la voz sonora del río, y los bosques vecinos enviaban armoniosos ecos con el olor de los laureles-rosa.

— Ya usted ve, dijo Andrés, que este río no puede ser el Playa-Vicente, porque nada revela aquí la presencia del hombre.

— En todo caso, contestó Berrendo, antes de llevar más lejos nuestro reconocimiento, será prudente ha-

cer que nos sostengan algunos soldados de mi compañía, y voy á buscarlos.

— Vaya usted, y entretanto buscaré el paso, respondió Andrés.

Berrendo tardó algún tiempo en volver al lugar en donde había dejado á su compañero, conduciendo seis dragones de los menos fatigados, y seis infantes armados con hachas. El rastreador no se encontraba allí; pero Berrendo oyó su voz á corta distancia, y lo alcanzó á pocos momentos: se hallaba en un lugar en donde las rocas de las *riberas* avanzaban sobre el río de manera que se aproximaban, no por la base, sino por la cima, á cosa de veinte pies. Los jarochos ó los indios habían colocado, de una á otra orilla, uno de esos puentes de madera que se encuentran frecuentemente en México. Los bejucos que pendían de los árboles, servían para sostener unas tablas, cuyos extremos se hallaban unidos con cuerdas de piel, y formaban sobre el río el puente, por el cual podían caminar apenas dos hombres de frente, un puente móvil como los bejucos que lo sostenían, pero tan sólido, que podía soportar el peso de un tren de artillería de ligero calibre; el cuerpo expedicionario había pasado por muchos puentes semejantes sin el menor accidente.

— Está bien, Andrés, dijo Berrendo; pero por hoy nuestros soldados no podrían ir más lejos; sus caballos están tan fatigados como ellos, y acabo de saber que el general ha reunido un consejo de guerra para examinar si sería prudente ir más lejos, siguiendo los pasos de usted en este laberinto de bosques y terrenos anegados.

— ¿Qué ya no tiene confianza en mí el general?... preguntó Andrés con vivacidad.

— No digo tal; pero pretenden que la sagacidad de usted le ha faltado en esta ocasión, puesto que sostiene usted que este río no es el de Playa-Vicente. En cuanto á la lealtad de usted, nadie la pone en duda.

— Tienen razón, contestó el rastreador con tono sombrío, porque sabré morir si es necesario, para que no se dude de mí.

Dejando á los doce hombres de la escolta cerca del puente y previniéndoles los aguardasen, el rastreador y Berrendo atravesaron el puente para ir á reconocer los lugares. Las tropas, en efecto, se hallaban con tanto desaliento y tan fatigadas por una marcha en terrenos fangosos, que un ataque repentino habría sido la pérdida de la expedición. En el otro lado del río reinaba el mismo silencio y la misma soledad. Por espacio de

más de una hora, los dos guías exploraron los bosques, los llanos y los valles; las únicas huellas que encontraron fueron las de los asnos que llevan los indios, para cargar la leña que venden en las poblaciones, y los únicos seres vivos que hallaron en aquella soledad fueron precisamente un indio y su mujer, que conducían media docena de burros, cargados con las ramas que habían recogido.

— ¿Eh, José? le preguntó Berrendo al indio, ¿es verdad que el río que corre ahí cerca es el río Blanco?

El indio se sonrió, como un hombre que ve la red que quiere tendersele, y no contestó una palabra.

— ¿Me respondes, animal?

— Muy bien sabe usted, contestó al fin el indio, que el río Blanco se halla á más de seis leguas de aquí, y que éste es el de Playa-Vicente.

Al oír estas palabras, Andrés pareció como herido en el corazón. Por primera vez de su vida, el infalible rastreador acababa de engañarse; pero acogió la prueba de su error con el mismo silencio sombrío y resignado, que apenas había interrumpido desde el momento en que Berrendo le dijo que se había perdido la confianza que se tenía en su habilidad.

— Volvamos al campo, dijo; me urge suplicar al

general que busque un guía más feliz ó más hábil que yo.

— ¡No encontrará uno más leal! exclamó Berrendo.

— Es posible; pero la lealtad no debe ser la única virtud de un guía. Felizmente, el error que he cometido no ha podido causar la más ligera sospecha, porque el peligro está lejos de nosotros.

En aquel mismo momento, el resultado vino á desmentir por segunda vez á Andrés, y el ruido de muchos tiros de fusil llegó á los oídos de los dos guías; el rastreador se puso pálido, y como Berrendo iba á lanzarse hacia el punto en que se habían escuchado los tiros, lo afianzó fuertemente del brazo para impedir que el menor ruido en el suelo distrajese su oído.

— ¡En el puente de bejucos es en donde se están batiendo! exclamó. Berrendo, usted me salvará de la nota de traidor que pudiera recaer sobre mí: se lo suplico á usted en nombre de su madre.

En seguida, Andrés preparó su carabina y comenzó á correr con tanta velocidad, que Berrendo tuvo trabajo en seguirlo. Fué preciso emplear algunos minutos en aquella rápida carrera, para llegar al punto en que se batían. Por una feliz inspiración, los doce hombres que habían dejado guardando el puente, lo habían

atravesado, y sostenían á poca distancia un combate desigual contra veinte exploradores de la vanguardia del comandante español Topete. Después se supo que aquel comandante caminaba con setecientos hombres, para sorprender la expedición; muchos cadáveres cubrían la tierra, y los soldados mexicanos se batían en retirada hacia el puente, cuando los dos guías pudieron, siguiendo la orilla de la corriente, deslizarse entre ellos. Alentados por su presencia, los soldados se mantuvieron firmes sin retroceder; pero repentinamente vieron avanzar á poca distancia la cabeza de una numerosa columna española.

— Aquí, es en donde debemos morir, dijo inmediatamente Andrés á Berrendo, yo por lo menos. Si está forzado el puente, está perdido Terán y mi honor; ordene usted la retirada.

Berrendo hizo lo que deseaba el rastreador, sin comprender su intención.

— ¡Al puente! ¡al puente! gritó.

Los soldados obedecieron, y se encontraron en el acto en el puente móvil, presentando sus cuerpos como una trinchera para detener al enemigo.

Un corto número de españoles habían logrado establecerse en el extremo del puente, que temblaba bajo

la lucha. Andrés tomó entonces la hacha de uno de los soldados, y Berrendo vió, pero demasiado tarde para oponerse, cuál era la intención de Andrés, al decir que allí era en donde debían morir. En lugar de servirse de su hacha para herir á los asaltantes, atacaba con furor los bejucos que sostenían el puente. Felizmente lo elástico de aquellos bejucos torcidos, hacía brincar la hacha, cuyo filo no podía cortar. Berrendo quiso oponerse á los esfuerzos del rastreador ; pero se vió al mismo tiempo obligado á disputar su vida á un soldado español, y sólo pensó en su defensa personal. Teniendo libres sus movimientos, Andrés atacó el puente por otro lado. Su hacha cortaba las correas que unían el puente móvil, y Berrendo conoció que el puente iba á faltar bajo sus pies. Acababa por un esfuerzo desesperado de desembarazarse de su antagonista, y le gritó á Andrés que no le sacrificase ; pero ya no era tiempo. Con un hachazo acababa de cortar el último lazo que tenía reunidas las tablas. Abrióse el puente como una trampa, por la que amigos y enemigos cayeron de una altura como de treinta pies, á las aguas tenebrosas del río de Playa-Vicente. Berrendo solo conservó bastante sangre fría, para agarrarse fuertemente de uno de los bejucos que flotaban sobre el río, y detenerse. Suspendido entre el agua y el cielo, sin esperanza de so-

corro, pasó algunos segundos en una terrible angustia ; en seguida, herido de una bala que le dirigieron del otro extremo y que le rompió el hombro, Berrendo soltó el bejuco de que estaba asido. Cuando salió, á pesar de su herida, á la superficie del agua, en la que se había sumergido, trató de distinguir lo que pasaba á su derredor. Todo era silencio y tristeza : las aguas, que parecían negras por efecto de la altura de las rocas, que las dejaban en una profunda obscuridad, corrían tranquilamente, y no encontraba ningún punto firme en donde poner los pies. No obstante, siguió la corriente nadando, hasta el momento en que, incapaz de luchar para conservar la vida, se sintió arrastrado de nuevo por el río. El sentimiento de su propia conservación no lo abandonó completamente, y no tardó en comprender que los últimos é instintivos esfuerzos le habían hecho salir á la ribera. Entonces perdió enteramente el conocimiento.

Transcurrieron dos horas sin que Berrendo recobrase el sentido. Con la caída de la tarde, voces, hasta entonces mudas, comenzaron á elevarse en los bosques vecinos ; los rumores de la noche sucedieron al silencio de las ardientes horas del día ; y el corazón de Berrendo comenzaba á latir al mismo tiempo que aquellos

desiertos inanimados empezaban á vivir. En fin, cuando no había más luz que la del crepúsculo, el aventurero abrió los ojos, y la sensación de un fuerte dolor le manifestó que aun vivía. Entonces reconoció que se hallaba tirado en una playa arenosa, que se extendía como una calzada angosta, siguiendo la base de las rocas. Á poca distancia, se hallaban dos cadáveres. Repentinamente, uno de aquellos cuerpos, que parecían inertes, hizo un movimiento, y arrojó un grito doloroso, terrible, que fué repetido por los ecos. Berrendo creyó reconocer la voz del rastreador.

— ¿Es usted, Andrés?... exclamó, mientras aquel grito resonaba en el fondo de su corazón.

— ¡Ah! ¿es usted, Luciano? ¡Bendito sea Dios!..., contestó Andrés; acérquese usted para que pueda tocar su mano.

Berrendo se aproximó como pudo, mientras que los brazos de Andrés se extendían como si tratase de abrazar algún objeto invisible.

— ¿No me vé usted? preguntó Berrendo.

Y antes que Andrés hubiese contestado, observó que una sangrienta herida aparecía en lugar del ojo único del rastreador: el desgraciado se hallaba completamente ciego.

— Ya no veré la luz del día, ni á Luz, que tanto me quería, ni nada de lo que ha criado la mano de Dios, exclamó Andrés, con voz alterada por el dolor; pero felizmente, añadió, Dios ha enviado á usted aquí.

Extrañas ideas comenzaban á atravesar el cerebro de Berrendo. El nombre de Luz, pronunciado por Andrés, acababa de recordarle al mismo tiempo á su querida y á su rival, y había en el fondo de su corazón una mezcla de alegría, de compasión y de horror.

— Yo lo llevaré á usted al campo, dijo; no le faltarán á usted auxilios de ninguna clase, y tal vez no se han perdido las esperanzas.

El desgraciado Andrés volvió hacia Berrendo su rostro desfigurado por el puñal.

— ¡Oh, Luciano!... exclamó, no cuento con usted para que me conduzca al campo, sino con su puñal, para que me libre de la vida. Máteme usted, Luciano, máteme usted, por piedad.

— ¡Nunca! ¡nunca! contestó Berrendo.

Pero Andrés renovó sus instancias con más empeño, y Berrendo conoció que la lucha contra aquella firme voluntad de un moribundo, era imposible; en el momento en que se rehusaba de palabra á acceder á las súplicas del rastreador, levantó el brazo y dió dos puñaladas en el corazón á Andrés. Éste expiró sin pro-

nunciar una sola palabra, pareciendo que al exhalar su último suspiro, daba las gracias á Berrendo.

Éste logró llegar al campo del general Terán, y siguió los restos del cuerpo expedicionario en su movimiento de retirada hacia Tehuacán. Habiendo llegado á aquella población, lo primero que hizo fué comunicar á Luz la muerte de Andrés; y aun se atrevió á alabarse del horrible servicio que le había hecho. Las maldiciones que le echó la joven, y lágrimas amargas que vertió, le descubrieron lo que antes debía haber adivinado: que Luz jamás lo había amado.

— ¡Sacrifíquese usted por sus amigos! dijo Berrendo saliendo de Tehuacán. No me resta más que meterme á fraile en algún convento.

Berrendo no realizó esta piadosa resolución, y en lugar de entrar al convento, se puso á las órdenes del terrible Gómez el *Capador*. Tomó parte en las principales expediciones de aquel jefe implacable, del cual era digno soldado, y cuando sucedió la paz á la guerra contra España, cambiando su vida de guerrillero por la de cazador, fué á participar en los bosques de San Blas, de las fatigas de los hombres que recorren incessantemente aquellas inmensas soledades.

FIN

Índice de Materias

I. — El Capitán Ruperto Castaños	5
II. — Guadalajara	33
III. — Albino el Contrabandista	55
Las siete norias de Baján	87
El Soldado Cureño	145
I. — El Voladero	155
II. — La Hacienda de San Eustaquio	179
Cristino Vergara	190
El Rastreador	254
I. — Luz la Cigarrera	255
II. — La Caverna de Púcuaro	273
III. — El Segador nocturno	287
IV. — La Playa-Vicente	309

FIN DEL ÍNDICE